

# El gran salto de Shri Hánuman

## Basado en un relato del *Ramáyana*

### Capítulo III

#### La decisión de lograrlo

Shri Hánuman descansaba a la sombra de una roca saliente fuera de Lankapuri, observando a las personas ir y venir por la puerta dorada, y evaluando la disposición del terreno.

En el edificio más alto de todos se elevaba el estandarte del rey Rávana. Ese debía ser el palacio. ¿Sería allí donde Rávana tenía cautiva a Sita? ¿Y cómo podría Hánuman llegar a ella? Cuanto más miraba, más se daba cuenta de lo bien protegida que estaba la ciudad. Había *rákshasas*, demonios, montando guardia por todas partes.

A la caída del sol, Hánuman oró al Señor Rama y luego salió de su escondite. Se fue agazapándose de una sombra a otra, aún bajo el aspecto de un mono bebé, hasta que llegó a la muralla de la ciudad. Estaba casi por cruzar la puerta cuando un grito resonó sobre su cabeza:

–¡Alto! ¿No sabes que nadie tiene permiso de entrar en esta ciudad? ¿Quién eres tú?

Hánuman levantó la vista y vio a una furiosa *rakshasi* encumbrándose sobre él.

–Te lo voy a decir –dijo Hánuman, sonando muy joven y muy inocente–. Pero primero, por favor, ¿podrías decirme quién eres tú?

–Mi nombre es Lankiní. Soy la guardiana de la ciudad, y estoy aquí por órdenes del rey Rávana–dijo, grandilocuente, la demonesa–. ¡Y mis órdenes son matarte por atreverte a pasar por esta puerta!

Hánuman le habló con suavidad. –Pero he escuchado tanto hablar sobre la belleza de esta ciudad, que todo lo que quiero es venir a admirarla. Por favor, déjame entrar. Me iré en cuanto la haya visto, lo prometo.

–¡Tú, monito tonto! –dijo Lankiní–. No creas que te me puedes colar. Ella levantó la mano para abofetearlo, pero antes de que pudiera hacerlo, Hánuman volvió a hablar, esta vez con serena autoridad.

–Me preguntaste quién soy, así que, déjame mostrártelo.

La *rakshasi* se quedó sin aliento, pues lo que veía ahora no era un monito latoso. Era Shri Hánuman, que se alzaba por encima de ella, con la cola en alto y el mazo en la mano. Lankiní cayó de rodillas.

–¡El día ha llegado! –exclamó–. Pues fue profetizado por el Señor Brahma que cuando un mono me conquiste, el reino de los *rákshasas* llegará a su fin. Con esas palabras, ella huyó. Y Hánuman, apareciendo otra vez para todos como un monito bebé, cruzó en silencio la puerta sin vigilancia.

En el aire de la tarde había ruido de risas, música, y baile; el susurro de las sedas, el tintineo de las ajorcas, la fragancia de ricos perfumes y de comida deliciosa. Hánuman se fue internando, a través de jardines y de patios hasta que llegó al palacio.

Era el palacio más hermoso que Hánuman hubiera visto nunca. El arquitecto celestial, Vishvakarma, lo había construido de oro y mármol para Señor Kubera, el tesorero de los dioses, y Kubera había vivido allí hasta Rávana se lo quitó apoderándose de él. Ahora, rodeado de fragantes árboles frutales, oscuro contra el cielo nocturno, sus paredes magníficas fulguraban a la luz de la luna.

Hánuman se deslizó a lo largo de muchos balcones y terrazas del palacio; se balanceaba ligero entre los toldos, asomándose a un cuarto tras otro. Vio a muchas mujeres, pero ninguna coincidía con la descripción de Sita que había hecho el Señor Rama. A medida que avanzaba la noche y la luna

subía a lo alto del cielo, la música y el baile cesaron, y ahora Hánuman veía *rákshasas* y *rakshasis* tumbados en sus camas, durmiendo. Finalmente, llegó a la cámara más grande de todas, y allí vio al rey Rávana mismo, roncando profundamente.

Sin embargo, aún no había ninguna señal de Sita. ¿Dónde podría estar? ¿Estaba presa en alguna parte?

“Debo averiguarlo –pensó Hánuman–. No regresaré ante el Señor Rama sin noticias de Sita.”

Buscó toda la noche. Miró en los cuartos de los sirvientes. Miró en las mazmorras. Exploró arriba y abajo, pero Sita no se encontraba en ningún lado.

Hánuman se negó a darse por vencido. Él sabía que encontraría a Sita si perseveraba. Así que siguió buscando hasta que finalmente, casi al amanecer, llegó ante una arboleda con árboles de *ashoka*. Manteniendo un ojo avizor por los guardias, entró en la arboleda.

Al fondo había un bello jardín, con caminos sinuosos y claros arroyos murmurantes. Hánuman se trepó a un árbol para tener una vista mejor. Desde las ramas superiores, vio una pequeña construcción con escalones de coral. Había una mujer solitaria sentada en los escalones. La mujer se veía delgada y triste, pero tenía un resplandor tranquilo. ¿Podría esta ser Sita?

Hánuman se balanceó entre las copas de los árboles para mirar más de cerca. Vio que la mujer llevaba un sari amarillo, descolorido y polvoriento, pero ¡sí! Era tal como el sari que el Señor Rama había dicho que Sita llevaba cuando la raptaron. ¡Ahora Hánuman estaba seguro de que esta era Sita! ¡La había encontrado! Eufórico, se postró internamente ante el Señor Rama y le dio la buena noticia.

Hánuman se dio cuenta de que en este momento tenía que ser más cuidadoso que nunca. Si iba cumplir con la misión que el Señor Rama le

había confiado, si iba a hablar con Sita y a darle el anillo del Señor Rama, él no podía sobresaltarla. Si ella gritaba por la sorpresa, a él lo atraparían. Así que Hánuman esperó pacientemente hasta que las *rakshasis* guardianas de Sita empezaron a reñir, y entonces, en voz muy baja, se puso a recitar la historia de la familia del Señor Rama, y cómo el Señor Rama había terminado viviendo en el exilio.

Sita no podía dar crédito a sus oídos cuando escuchó los nombres del Señor Rama, su padre y sus hermanos. Alzó la vista para ver de dónde venía la voz, y entre las hojas vio a un mono pequeño de ojos brillantes, que la miraba.

–¿Quién eres? –susurró ella–. Temo que seas el Señor Ravana en otro de sus disfraces; y sin embargo, mi corazón se eleva al verte.

–¡Oh bendita señora –respondió Hánuman–. Soy un mensajero enviado por el Señor Rama, para decirte que piensa en ti constantemente y que pronto vendrá a rescatarte.

–Pero, ¿quién eres y de dónde has venido?

Hánuman le explicó quién era, y cómo el Señor Rama había conseguido la ayuda de los monos en Kishkindha para buscarla. Finalmente, cuando Sita parecía estar más confiada, Hánuman bajó del árbol, se inclinó ante ella, y le dio el anillo del Señor Rama.

Sita se llenó de alegría. –¡Ahora sé que dices la verdad! –dijo ella, con la voz temblando de alivio y gratitud–. Pues yo conozco este anillo. Solo por sostenerlo, siento que estoy en presencia del Señor Rama.

Entonces Sita quiso saberlo todo: en dónde estaban el Señor Rama y Lákshmana, cuándo iban a venir a rescatarla. Ella quería saber también sobre Hánuman. ¿Había viajado realmente desde el bosque de Kishkindha? ¿Cómo había llegado a la isla?

–Salté a través del mar –dijo Hánuman.

–¿Saltaste? –dijo Sita–. ¡Qué valentía! ¡Y lograste pasar por muchos demonios también! ¿Cómo lo hiciste?

–¿Cómo podría no lograrlo si estoy al servicio de mi Señor? –dijo Hánuman, con los ojos iluminados de amor y convicción–. Mantuve mi enfoque en el Señor, y su gracia me apoyó hasta el final.

Sita sonrió y le pidió a Hánuman darle más detalles.

–Para empezar el viaje, necesité una intención firme –dijo Hánuman–. Para dar el salto, necesité fuerza y valor. Para superar los obstáculos en el camino, necesité flexibilidad y astucia. Para encontrarte, necesité perseverancia. Para hablar contigo y ganar tu confianza, necesité paciencia y discernimiento. Por la gracia del Señor Rama, encontré todas estas cualidades dentro de mí y fui capaz de completar este viaje.

–¡Ciertamente eres grande! –dijo Sita–. Eres un verdadero siervo del Señor. No es de extrañar que te haya confiado esta tarea tan importante.

Hánuman aceptó gentilmente su reconocimiento y luego echó un vistazo alrededor de la arboleda. Los guardias se estaban acercando, era el momento de decir adiós. Hánuman le aseguró a Sita una vez más que el Señor Rama vendría pronto, a la cabeza de un gran ejército, para rescatarla.

Luego Hánuman se despidió de Sita, e invocando la gracia del Señor Rama se preparó para regresar en otro salto gigantesco al otro lado del mar. Por su profunda dedicación al Señor Rama, por su devoción inquebrantable, Shri Hánuman había cumplido su misión.

\*\*\*

*El Rāmāyana es un poema épico compuesto por el sabio Válmiki. Narra la historia del Señor Rama, una encarnación del Señor Vishnu. Junto con el poema épico del Mahābhārata, está considerado como una de las más grandes obras de la literatura de la India.*

\*\*\*